



Una siciliana chichimeca frente a la Modernidad Americana

por Irina Bajini

Conversación con Francesca Gargallo
(Ciudad de México, Noviembre de 2008)

FRANCESCA GARGALLO, novelista e historiadora nacida en Italia que vive desde hace treinta años en el D.F., es profesora en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Secretaria General de la Sociedad de Estudios Culturales de Nuestra América (SECNA) y pertenece a la Academia de Filosofía e Historia de las Ideas.

Es precisamente a través de la historia de las ideas que esta escritora, defendiendo la influencia de su feminismo y de su práctica ético-política, se ha empeñado a reconstruir los procesos por los que grupos sociales (las mujeres latinoamericanas, los pueblos criollo y garífuna de Belice y Honduras, los sectores de la economía informal urbana de San Salvador, las refugiadas saharauis en Argelia) y los personajes de sus textos de ficción llegan a actuar y responder de las maneras en que lo hacen.

En la editorial mexicana ERA ha publicado cuatro novelas y un libro de relatos: *Verano con lluvia* (2003), *Marcha seca* (1999), *La decisión del capitán* (1997), *Estar en el mundo* (1994) y *Calla mi amor que vivo* (1990). En otras editoriales: *Los pescadores del Kukulkán* (Aldus, 1995), *Manantial de dos fuentes* (Instituto Michoacano de Cultura-Boldó, 1994) y *Días sin Casura* (Leega, 1986). En 2002, ganó el premio a la historia del Caribe con *Garífuna Garínagu, Caribe* (Siglo XXI/UNESCO). En 2006 obtuvo la primera mención en el Premio Libertador al Pensamiento Crítico que otorga el Ministerio de Cultura de la República Bolivariana de Venezuela por *Ideas Feministas Latinoamericanas* (2 ediciones de la primera versión: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2004, y Desde abajo, Bogotá, 2004, y dos ampliadas y revisadas: Universidad Autónoma De la Ciudad de México, 2006, y Fundación Editorial el Perro y la Rana, Caracas, 2007).



I. Bajini: *Hace treinta años llegaste a México y elegiste el D.F. para vivir, trabajar y escribir. Desde tu lugar (de emigrante privilegiada) como te relacionas y ves la modernidad mexicana?*

F. Gargallo: Llegué por primera vez a México en 1978, cuando a nivel internacional el mundo era mucho más libre que ahora: no existían ni bloques exclusivos de países, ni las limitaciones a la libertad de movimiento (a pesar de lo mucho que se dijera acerca de los países de la “cortina de hierro”) eran tan brutales como hoy en día, cuando millones de personas, para poder ejercer la más antigua de las actividades humanas, que es el trasladarse de un lugar para otro, se ven obligadas a enfrentar peligros mortales. México era un país maravilloso, pobre sin duda, pero también libre, alegre, solidario y que administraba su economía mal, pero de forma autónoma. Por aquel entonces, yo no tenía conciencia de lo que significaba tener el privilegio de un pasaporte europeo. A lo mejor intuía que cada vez que alguien está gozando de un privilegio, le está quitando a otro un derecho.

Llegué a México de vacaciones y allí me quedé por pasión, por gusto, porque tenía el privilegio de no morirme de hambre. Me gustaría que todos pudieran elegir así como yo, su lugar donde vivir.

Cuando empecé a estudiar la historia, el pensamiento, la economía y la literatura latinoamericana en la Universidad Autónoma Nacional de México (UNAM), estaba libre de construir todos los nexos que quería entre estas disciplinas, aunque por aquel entonces a estos nexos todavía no se le daba el nombre de Estudios Culturales. En Roma me había licenciado con una tesis en Filosofía de la Historia, con un viquiano de gran categoría como el profesor Miquel Piscione, y en Ciudad de México conocí a dos filósofos de la historia extraordinarios, dos latinoamericanistas: el profesor Leopoldo Zea y su discípulo Horacio Cerutti. Con ellos comprendí que “modernidad” es una de aquellas palabras que tendrían que declinarse siempre en plural y comprenderse en su específico contexto histórico. Hay muchas modernidades, y no todas pueden ser definidas positivamente; modernidades que no tienen contenidos parecidos ni desarrollos contemporáneos. Aún más, hay tantas modernidades cuantos lugares donde hoy se vive en el sistema de intercambios comerciales estrenado en 1492 con la invasión de América.

Cuando dejé Italia con la firme intención de jamás volver allí a vivir, no estaba abandonando la Modernidad (así, con M mayúscula) para acabar en el pasado, en la barbarie o en la no alcanzada modernidad, interpretada como progreso e industrialización. Estaba llegando a un continente donde la razón occidental veía una historia de 500 años no más, cuando en cambio ella tenía millares, una historia demasiado breve que todavía no había llegado a la modernidad. En realidad, en América esos 500 años de reconocimiento europeo eran todos modernos, sólo que la modernidad en el continente invadido significaba colonialismo, esclavitud y sexismo.



En América, en efecto, durante los primeros dos siglos de colonialismo europeo (los modernísimos siglos XVI y XVII), murió de enfermedades, hambre y guerra el noventa por cientos de la población originaria; se impuso la racialización de la esclavitud a través de una triangulación del comercio entre Europa (armas), África (personas esclavizadas) y América (azúcar y plata); la explotación colonialista llegó al punto de inducir a creer en el Eldorado; y las mujeres se consideraron como botín de guerra.

Hoy en día, la Modernidad Americana significa sobre todo diferencia de clase y explotación del trabajo, fronteras cerradas para las personas que quieren trasladarse y abiertas para el tráfico de bienes comerciales (mediante los más variados tratados de libre comercio), y reducción al silencio de las propuestas culturales y políticas de los pueblos originarios de un continente forzado a la occidentalización.

Sin embargo, la Modernidad Americana es también una modernidad utópica, es decir capaz de ver un horizonte para alcanzar, sabiendo que se desplazará hacia el fondo. Este horizonte moderno es sobre todo el de un mundo donde la occidentalización no se concibe como un fin en si mismo (para que me entiendas, un mundo donde no se venera a la democracia como ejercicio de un voto inducido, sino como participación comunitaria) y la voz de los pueblos indígenas, mestizos, negros, adquiere el sentido positivo que tienen las diferencias respecto a un modelo hegemónico.

I. Bajini: *En un momento determinado de tu recorrido narrativo y ensayístico, tomaste la decisión de expresarte en español. ¿Como vives hoy tu relación con tu lengua madre y con el idioma que eligiste para poderte expresar literariamente?*

F. Gargallo: Para serte sincera, hasta que viví en Italia no supe cual era mi lengua. Me crié en Roma, pero era siciliana y mi lengua estaba denegada, confinada en la palabra "dialeto", tan ofensiva. Pertenecía a una clase que consideraba la nación como algo vulgar, por eso mismo me crié con una niñera que sólo hablaba alemán y a los seis años me pusieron a estudiar en la primaria de la escuela francesa de Roma. Mi abuela, que era griega, intentaba enseñarme su lengua traduciéndome sus conceptos al francés. Tengo muchas faltas cuando escribo en italiano, porque lo aprendí a los 12 años cuando logré que me botaran del Liceo Chateaubriand y pude acceder a una escuela secundaria italiana, la Manzoni de Monteverde Vecchio. El latín resultó ser el peor fantasma de mi vida de estudiante y el inglés una lengua fea y obligatoria.. A veces me sentía mejor en París que en Roma. Y además, con las presiones del racismo de los "continentales", es decir de los italianos de la península, durante la adolescencia me avergonzaba de ser siciliana, por lo menos de serlo en Roma.

Así, cuando llegué a México y descubrí que las lenguas coloniales (el italiano en Sicilia, el español en México) pueden reinventarse según el deseo y el gusto de los pueblos, me enamoré del español mexicano más que de cualquier otra lengua del mundo.



Me gustaba como cambiaba de una región a otra, como en Ciudad de México se mezclaba con palabras náhuatl, en Michoacán con palabras purépecha, en Oaxaca con el zapoteco. Y además me gustaba eso de poder leer libros de todo un continente en una lengua que era la misma aunque fuera viva y en continua transformación. Así, poco a poco, he dejado de escribir primero en francés, luego en italiano, para entregarme literalmente a la escritura en español mexicano.

I. Bajini: *La Feria del Libro de Guadalajara es sin duda una interesante y estimulante vitrina donde se admiran productos editoriales de diferente calidad. Me decepciona, aunque no me extraña del todo, constatar la ausencia casi total de presencias y formas indígenas o afroamericanas de expresión no sólo en los stands sino también en los paneles y conferencias. ¿Cuales son los factores que concurren a este silencio, a esta indiferencia?*

F. Gargallo: En efecto, decepciona y no extraña. Las mujeres indígenas y las mujeres negras de Latinoamérica han denunciado en muchas ocasiones el racismo de la cultura continental, a partir de la misma definición de razón: los “hombres de razón” son blancos, y todos los demás son “hombres de naturaleza”. Entonces, las universidades, las editoriales, la prensa, la televisión, ¿por qué tendrían que ocuparse de las mujeres de naturaleza? ¿Por qué tendrían que hacerlo, además, si las mujeres de naturaleza son las más pobres de un continente donde la desigualdad económica es la más extrema?

Yo he dicho varias veces que en México el racismo se manifiesta a través de una verdadera “pigmentocracia” que se esconde detrás del mito que en Latinoamérica somos todos mestizos, todos café con leche. Por lo contrario, más blancos eres (así, en masculino) más cerca estás del poder, del estudio, de la representación.

El racismo se expresa de muchas maneras. La forma que me provoca mayor repugnancia es la de ese racismo que, no reconociéndose como tal, hace coincidir el concepto de bonito con el concepto de blanco. Decir que un niño es bonito porque es rubio, en Latinoamérica no es una broma, ya que sólo un niño rubio es destinado a la atención de los maestros, a las becas de estudio, a un trabajo bien remunerado, a los préstamos bancarios, al respeto de los policías.

I. Bajini: *Sé que en broma te gusta definirte “sículo-chichimeca”, y tienes sobrada razón, debido a tu apasionada convivencia con los indígenas de la Sierra Madre Occidental, donde has ambientado también algunas de tus novelas. ¿Cómo has planteado tu relación con los nativos de esa zona y particularmente con las mujeres? ¿Qué tipo de trabajo has hecho y estas haciendo con ellos?*

F. Gargallo: Mientras escribía *La decisión del capitán* y *Marcha seca* vivía entre Ciudad de México, Zacatecas (mi ciudad más querida) y San Luis Potosí, en una zona que los españoles conquistaron con mucho trabajo y que por más de siete mil años estuvo ocupada por pueblos nómadas, recolectores y cazadores.



Su resistencia a la invasión española fue gloriosa y sólo fueron derrotados en 1791, después de haber sido brutalmente diezmados con la colaboración de pueblos indígenas que habían entrado al servicio de los españoles, como los tlaxcaltecos en un primer momento y los otomíes posteriormente, además de los mestizos. Hoy en día, de los casi 150 pueblos de la Gran Chichimeca –así llamaban a su territorio- sobreviven los Pame en el estado de San Luis Potosí y los Cora y los Huicholes en los estados de Jalisco y Nayarit. Cuando tuve el honor de vivir en sus comunidades, mi hija tenía apenas un año y medio y la primera lengua que balbuceó fue el pame del sur que se hablaba en Santa María Acapulco, donde el gobernador tradicional, don Juan Martínez Izaguirre, nos hospedaba.

No sé si les resulté útil a mis amigos pame, yo sólo iba de un punto a otro de su maravillosa sierra escuchando sus historias y sus cantos. He acompañado a niñas que iban al río por aguas. He visto las manos de las mujeres que entrelazaban la palma con una habilidad extraordinaria y les oí decir que eran muy cotizadas por los algodoneros estadounidenses, ya que eran muy buenas en la cosecha. Estos iban a buscarlas en los lugares donde las emigrantes – que las políticas que limitan la libertad de movimiento de los seres humanos transforman en ilegales - llegaban extremadas y aceptaban trabajar a cualquier precio. A pesar de lo explotadas que eran, lograban enviar sus ahorros a su familia en el pueblo.

No sé si un oído que escucha con amor sirve para algo, sólo sé que mientras he vivido con los pame, con los cora y con los huicholes he aprendido a comprender lo feo que es el colonialismo, porque siempre es necesariamente racista, en todas las muchas formas que puede asumir. Hoy sé, por ejemplo, que la situación en que viven los pueblos originarios de América es todavía una situación colonial, aunque los estados que contienen sus territorios son independientes de una potencia europea. Los pueblos indígenas no tienen derecho a su propia educación, a su sistema legal, al respeto de sus conceptos estéticos y morales, a una sexualidad diferente de la que el cristianismo colonialista impone. Los mestizos llaman dialectos a sus lenguas muy antiguas y supersticiones a sus religiones.

El sistema educativo comunitario, que descansa en la idea que un problema se resuelve colectivamente, entra en contradicción con los programas de estudio y con los exámenes del secretariado de educación.

El respeto a la Madre Tierra, fundamental para comprender la relación entre las personas y las cosas vivas que las rodean (el bosque, la lluvia, el río, los animales, la calle, las semillas, las cosechas), es ridiculizado por las campañas de “modernización” de la producción agrícola.

Vivir en la Gran Chichimeca me llevó a entender mi infancia, me hizo sentir orgullosa de tener una hija mestiza que no niega su lado indígena como muchos mestizos hacen, y me dio la posibilidad de analizar toda la carga colonialista de los procesos de occidentalización que Europa, Estados Unidos y Australia imponen en el mundo (y que ocultan detrás de nombres como democratización y progreso).



Si esto ha sido de certa utilidad para mis generosísimos huéspedes pame, cora e huicholes, no lo sé. A lo mejor, yo también los he explotado.

Irina Bajini (Milán, 1961) se licencia en filología hispánica en la Universidad degli Studi de su ciudad. Posteriormente consigue el título de doctorado y prosigue su actividad de investigación en ámbito hispanoamericanista, juntándola con la labor docente y las traducciones y transcurriendo largos periodos de estudio y trabajo en Cuba. Actualmente es investigadora-docente en la Universidad de Milán e imparte cursos de cultura y literatura hispánica para las carreras de "Mediazione linguistica e Culturale" y de Lenguas. Se ha ocupado a menudo de temas literario-musicales, con un específico interés por las piezas cómicas cubanas de fines del siglo XIX, sobre las cuales acaba de escribir un ensayo. Desde hace un tiempo estudia y analiza también a autores y manifestaciones culturales afroiberoamericanas.

irina.bajini@unimi.it